

EN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 18

EL OMNIBUS,

EN AÑO.

Madrid... 68
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de EL SPERONARK, por Alejandro Dumas.—Uno id. de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela DE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

ITALIA.

CACTER DE SUS PUEBLOS

Quando el terrible azote del cólera sembraba la desolacion por la bella peninsula de Italia, se supo que los funcionarios públicos y los médicos desertaban de sus puestos, que huían las gentes acomodadas, y que una especie de pánico terror se apoderaba de las poblaciones y sus gobernantes; de ahí se concluyó que el valor no moraba en ese pueblo. Luego, viendo á este hecho los acontecimientos de 1821 y 1831, se hizo á toda una nacion, sin reflexionar que lo pasado ha hecho imposible un desarrollo cualquiera del espíritu público tocante á entusiasmo político.

Nada ha perdido la Italia de la fuerza vital que por tres veces le aseguró el dominio de la mayor parte del mundo entonces conocido; primeramente por medio de la conquista de los romanos, luego por el cristianismo, y en fin, por medio de las artes y ciencias; y mejor diremos que se ha quedado atrás con respecto á otras naciones, que no que ha caído en la nulidad ni degenerado. No es esto culpa de la nacion italiana en sí misma. Trátemos, pues, de explicar por qué su estado tiene tan poca relacion con sus pretensiones, derechos y necesidades.

No hay pueblo en Europa menos conocido que el italiano, no obstante ser el mas frecuentado por los viajeros y descrito por los aficionados. Pero la atencion del extranjero parece que se dirige solo á las bellezas de la naturaleza, históricos monumentos y maravillas artísticas. Por otra parte, le es muy difícil aproximarse á los hombres respetables de la nacion, quienes no se apresuran á recibir á los extranjeros,

puesto que tan mal los han juzgado. Añádanse á estas causas las diarias costumbres, distintas de las del resto de Europa; costumbres ajenas si se quiere, pero sancionadas por una larga existencia; luego la diferencia que separa el antiguo lujo del moderno; en seguida la repugnancia muy regular en los naturales, de hablar otra lengua que la del pais, y así solamente podrá comprenderse, por que entre tanto viajero solo ciertos hombres especiales vuelven llenos de entusiasmo por las afinidades que han hallado en Italia.

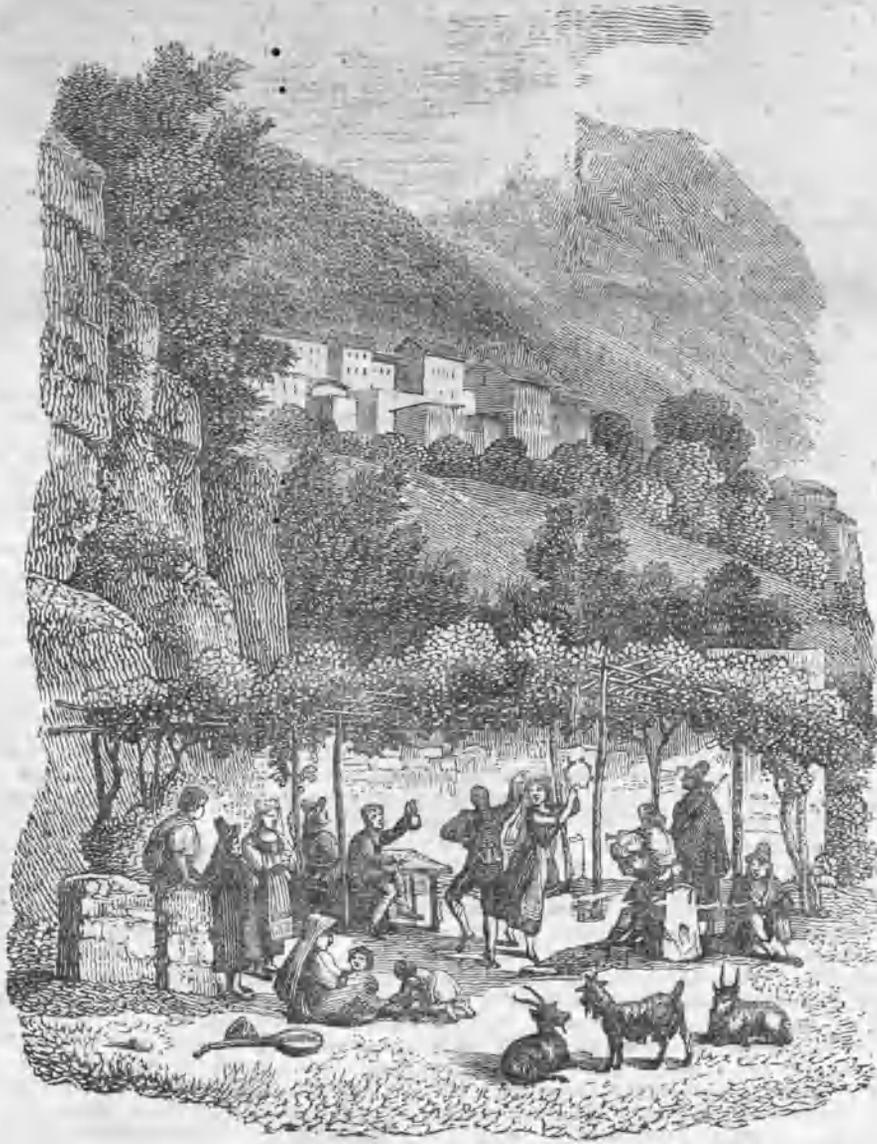
Fuera trabajo infructuoso querer pintar el estado social de la Italia, si no se tomase por punto de partida la coexistencia de un pueblo vencedor con otros pueblos vencidos, y lo mismo el referir lo que la Italia tiene de común con las demás poblaciones romanas del Mediodia de Europa, sin observar cuál es la consecuencia de

godos, lombardos y otras naciones del Norte con los antiguos habitantes, quienes como superiores en lo respectivo á civilizacion social y religion, impusieron su culto, lengua y modo de vivir á los mismos vencedores. En su origen eran, sin embargo, sus rajas ó vasallos, tal como los griegos armenios lo son respecto á los turcos, puesto que solo el islamismo se ha opuesto á su refundicion en una sola masa.

De esta especie de fusion resultó la imposibilidad de una prepotencia ó superposicion que no fuese acompañada de opresion, tal como la que encontramos en los paises puramente germánicos; de ahí tambien provino la continua tendencia de los inferiores á incorporarse con las clases superiores, mas por apasionado amor de la igualdad, que de la libertad; y de inclinaciones aristocráticas al lado de mas que democráticas opiniones. De ahí tambien como precisa consecuencia su odio general hacia toda clase de superioridad; de ahí la persuasion del arrendador, que cree de derecho engañar á su dueño, como que es usurpador del suelo que el arrendador cultiva; de ahí por la esa general pretension de ser tratados con respeto, y de vivir á lo grande luego que creen poder hacerlo.

La aristocracia italiana está tambien mas unida con los plebeos que la alemana. Lo mismo que en todos los pueblos conquistados por los alemanes, la nobleza en Italia es solo unilateral, y atras hacia sí de continuo los capitales de las clases inferiores por medio de matrimonios. Tiene, junto con modales democráticos, cierto orgullo disimulado con esterioridades muy afables. No es cortezana como lo fué la de Francia antes del año de 1789, y con gran cuidado se reserva tomar parte en los acontecimientos venideros. Puede decirse que la nobleza italiana es entre todas la que mejor ha sabido aprovecharse de las lecciones del tiempo: no se desdén de entregarse al comercio, y empieza á aplicarse con muy buen resultado á la agricultura.

Semejante igualdad de hecho al lado de la desigualdad que sancionan las leyes, y esa nulidad política junto á las antiguas pretensiones, han producido un resultado muy particular: cada cual buscó su objeto, no dentro de su esfera natural, sino fuera; y de ello resultaron los gérmenes de anarquía que se desarrollaron en la primera ocasion propicia, y en lu-



Banza campesina.

la forma peninsular, y en parte insular de Italia, y de su subdivision en diversas corrientes y bahías.

El pueblo italiano formóse de la mezcla de

da cual buscó su objeto, no dentro de su esfera natural, sino fuera; y de ello resultaron los gérmenes de anarquía que se desarrollaron en la primera ocasion propicia, y en lu-

gar de reformas se han visto revoluciones.

Pasemos ahora á la influencia del clima sobre estos pueblos, cuya lengua, costumbres é instituciones prueban la preponderancia de la antigua dominación romana, y cuya continuidad interrumpió la revolución francesa; después de haberlo en vano intentado los reformadores religiosos.

En un clima donde la naturaleza produce espontáneamente lo que en otras partes cultivan con sumo afán los jardineros en invernáculos; donde solo se necesita una corta cantidad de alimento, de escasos vestidos, de pocos gastos caseros ni materias para calentarse, en este clima puede el hombre ser pobre sin ser desgraciado, y es mas apto para un momentáneo arranque, que para un trabajo continuado; semejante en esto al caballo árabe, que mejor corre que tira, y al león de África, que ó anda saltando ó duerme.

Los hombres comen poco, por consiguiente las fatigas causadas por el calor le hacen preferible el limitado goce de lo que tiene á su alrededor, á la inquieta actividad de la fabricación para verificar el cambio con lejanos países, y en particular cuando los beneficios de este cambio se vuelven aun mas inciertos por los riesgos del comercio. Gustan de gozar con tal que sus goces no deban costarles largos y penosos preparativos; pueden privarse de muchas cosas, mas no quieren estar todos los dias incomodados. En fin, hacen uso de grande industria para vivir agradablemente con el menor trabajo posible; y poseen todos los talentos necesarios para llegar á ser ricos, pero ninguno para conservar las riquezas.

Si el genovés es una escepcion de cuanto acabamos de exponer, es precisamente porque su suelo es árido y estéril; si el lombardo recorre el mundo con su paecotilla, es porque no puede existir en sus propias montañas sin un capital ganado en otras partes. Lo mismo en España el gallego, por razones análogas, se ve impulsado á buscar recursos de fuera por no hallarlos en su provincia. Venecia con sus lagunas; Pisa con sus pantanos, y la misma Roma situada en el rincón menos favorecido de la naturaleza, se han visto forzadas por la dura necesidad á ser activas; mas apenas enriquecidas, volvieron á caer en la inacción y apatía.

En la edad media, la fabricación en las ciudades de Italia limitábase á objetos de lujo, ó á lo menos á efectos manufacturados sin fatiga. Ciertamente en los climas calientes hay dos clases de trabajadores; la una comprende á los que pueden trabajar á la sombra y sin gran fatiga; y son excelentes y á precio cómodo; la otra á los que trabajan con su sudor y cansancio, y son malos operarios cuando no se vigilan de cerca, y además muy caros. De ahí un resultado particular olvidado de los que han escrito de economía política. En España é Italia, el salario de los jornales de agricultura se halla en razon inversa del precio de los productos, al paso que en Francia y en el Norte se halla en razon directa.

La vida pasada al aire libre, priva ademas al italiano de esa cámara, morada comun donde se reúne toda la familia, y donde en el Norte son muchas veces representados los tres poderes del Estado, por medio de las tres generaciones que viven unidas, donde antes de mandar aprenden á obedecer, á sufrir en beneficio comun, y á obrar junto con los demás y en provecho de los mismos. Si en Francia debo alguna vez quejarse el buen gusto de los cambios introducidos en el arte de edificar las casas particulares, muy á menudo la moral no puede dejar de aplaudirlos. Hay una tendencia muy manifiesta á sustituir la arquitectura del Norte á la del Mediodía, es decir, la cámara á la cocina.

El desarrollo del individualismo es muy notable en toda el Mediodía, y se acrecienta en esta grado de latitud. El italiano presenta acaso el individuo mas perfecto que haya en toda Europa; pero sus obras, sus talentos, su modo de existir, todo permanece aislado; mientras el inglés es respetable particularmente como fraccion de un todo. Hasta en la música es mas á propósito el italiano para el aria ó el solo, que para los coros y la orquesta. Falta, pues, á las poblaciones romanas la gran palanca de los Hom-

pos antiguos, á saber: un poder paternal casi absoluto, una disciplina férrea y un agente poderoso para obrar sobre la imaginación; palanca muy necesaria á unos pueblos que piensan muchas veces con el corazon, y sienten con la cabeza.

Seamos justos; acaso no hay mejor prueba de un fondo excelente y vivaz, que lo que individualmente podemos hallar en la inmensa mayoría de esas desgraciadas poblaciones. Todo al parecer conspira para oprimirlas y envejecerlas, hasta el recuerdo de su pasada grandeza. Semejante recuerdo obra en las naciones de la misma manera que el opio: tan pronto como escitante, como cual soporífero, segun sea el modo de administrarlo. Con todo su savia siempre fermenta; dásese una existencia análoga á sus necesidades, y entonces se mostrarán dignas de sus abuelos y de sus contemporáneos. Las buenas cualidades les pertenecen, los defectos y las desgracias son propias de las circunstancias.

LA PRINCESA DE LOS CASPIOS.

leyenda historico-origina

DE DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuacion).

II.

¡Que hay desgracias inmensas
Que no encuentran consuelo!
¡Que hay quien le pide al cielo
Por solo bien morir!
Y quien mal dice, triste,
Se desliza inhumano,
Y es su delirio insano
Y eterno su gemir!

(LA AUTORA.—El cantor nocturno).

Algunos dias despues de los sucesos que acabamos de referir, la hija de Crádates se unió para siempre á Efestion, principe de los ismeños, á cuya dignidad le habia elevado el magnánimo Alejandro, en recompensa de haber puesto en sus manos al matador de Darío.

Crádates se preparó para ir á Babilonia, con el objeto de asistir á las bodas reales, á lo que los jóvenes esposos consintieron en acompañarle, aunque por motivos muy diversos.

Hermione hizo al deber el sacrificio de su amor, y la imagen de Alejandro empezaba á borrarse de su memoria, como su retrato habia desaparecido de su pecho; su amarga melancolía habia degenerado en una calma triste, pero que le proporcionaba algun reposo; insensiblemente se iba acostumbrando á Efestion, y sin duda alguna le hubiese amado con el tiempo, si su enemiga suerte no lo hubiera dispuesto de otro modo.

Era un dia hermoso de estío, víspera del en que debía partir el anciano Crádates; hallábanse en los estensos y perfumados jardines la princesa y sus damas, todas casi tan niñas y hermosas como su joven soberana; volaban entre ellas á la armenia de dorados cabellos y velados ojos, á la odalisca de esbeltas y torneadas formas; á la georgiana de tez rosada y luciente mirada negra; á la ateniense de virginal perfil y pies de uña; á la persa de purpúrea boca, estrecha frente y dulce sonrisa; á la escita de celestes ojos, enhiesto cuello y manos de nieve; y todas los tipos, en fin, mas bellos y perfectos de los imperios del Asia.

Sentada Hermione á la orilla de un azulado arroyuelo, hablaba con su nodriza Teane, cuyo amor hacia ella rayaba en adoracion; las damas se habian quitado los mantos y saltaban como cervatillos en las anchas praderas cubiertas de flores, cuyos débiles tallos se truchaban bajo la tenue presión de sus lindos pies, calzados con sandalias.

El jardín estaba ademas lleno de guardias de la princesa, deudos de Crádates y esclavos negros.

De súbito se oyó un estruendoso ruido á las puertas del palacio, y las damas corrieron desparavidas al lado de la princesa y de la anciana Teane.

—Anda á ver qué sucede, Orontes, dijo Hermione con serena voz á un eunuco negro, que salió al instante á cumplir esta orden; pero un momento despues volvió pálido y trastornado.

Seguiente de cerca dos caballeros armados á medias, pues al nas le faltaba una manopla, y dejaba ver una mano horriblemente mutilada, aunque no por eso habia abandonado la espada; y el otro traía la cabeza descubierta, y su yelmo, perdido tal vez en alguna refriega, no habia sido suficiente á librarle de recibir en ella una profunda herida.

Al ver á aquellos hombres se puso en pie la princesa; dilatáronse sus grandes ojos azules, y cubrió su rostro una palidez mortal.

—¡Casandro!... ¡Tolomeo!... exclamó al fin tendiéndoles los brazos, en tanto que se iba llevando el jardín de soldados y deudos de los príncipes, tan horridos y desfigurados como ellos; ¡hermanos míos! ¿quién os ha sucedido? ¿qué es esto? ¿quién dando un alarido desgarrador al ver caer á Casandro privado de conocimiento?

—¡Hermana!... exclamó Tolomeo asistiendo del brazo; ¡hermana!... antes de todo respóndeme... ¿eres ya esposa de Efestion?

—Sí, contestó la joven con temblorosa voz.

—¡Ah! gritó el príncipe; ¡maldición sobre nosotros!... Y voló el brazo de la infeliz Hermione, la cual fué á abrazar á Casandro, que permanecía desmayado todavía en los brazos de sus esclavos.

A poco llegó al jardín el anciano Crádates. Al ver á su querido Tolomeo horriblemente herido y ensangrentado, y á su hermoso Casandro, al parecer sin vida, el desgraciado padre quedó yerto de espanto.

—¿Qué habeis hecho, señor? exclamó el príncipe; ¿con qué habeis entregado á Hermione al asesino de nuestro rey? ¿Sabeis que Darío estudió su vida á los golpes del pañal de ese monstruo de iniquidad? ¿Sabeis que se ha rebelado contra Alejandro, y que está en Maracanda el foco de la rebelion? ¿Sabeis que pasáis en el campo macedonio por un traidor como él? ¡Oh, padre! prosiguió el infeliz Tolomeo en el paroxismo del dolor mas violento, ¿sabeis que me cuesta la vida de Casandro haber podido penetrar hasta aquí?

Nada respondió el anciano, y fué lentamente á postrarse ante Casandro, cuya cabeza abierta sostenía Hermione sollozando amargamente.

Crádates separó los hermosos rizos de ébano que cubrían aquella frente ensangrentada, y sin derramar una lágrima, pero mas pálido que al herido, puso en ella sus labios, dominando por un momento el amor paternal á todos los demás.

—¡Yo te vengaré, hijo mio, yo te vengaré! exclamó levantándose en seguida.

—¡Venganza, sí! gritó Tolomeo; yo he venido de parte de Alejandro á averiguar la verdad de lo que aquí sucede, porque el rey no se resuelve á creeros culpable, y prefiere juzgaros engañado.—Id, nos ha dicho; á los hijos toca salvar el honor del padre; la alianza que me han anunciado va á efectuarse entre Crádates y Efestion es una prenda de traicion. Volad, pues, á impedir que la inocente Hermione se una al asesino de nuestro rey, y traedme al regicida para que espie como Besso, no su rebelion contra mí, que desde luego le perdono, si no el horrible crimen que cometió al derramar con sus miserables manos la augusta sangre de Darío.

Casandro habia vuelto de su desmayo; echó los brazos al cuello de Hermione, tendiéndola largo rato oprimida contra su pecho, y despues se sentó con firmeza en un banco de cesped.

Crádates y Tolomeo se aproximaron á él, en tanto que algunos vendaban sus heridas.

—Padre mio, dijo con débil voz, no perdais tiempo; el cuerpo de ejército que el rey nos dió para batir las tropas de Efestion, ha sido destruido, y el traidor cuenta con muchas fuerzas dentro de Maracanda. Huid, por el cielo, con Hermione, y salvada... á favor de un diazra podreis llegar á Babilonia... presentaos al rey, y decidle que envíe al momento los soldados necesarios para sofocar la sedicion. El esclavo que presencié el asesinato del rey Darío, y que fué arrojado á las ondas del Eufrates, no murió, como se creía, y ha descubierto á Alejandro todos los crímenes de Efestion... huid, huid, por los dioses, y llevaos á mi hermana. ¿Qué pueden hacer aquí un anciano y una niña?

—¡Morir! contestó una voz bien conocida de todos.

Era Efestion, que había penetrado en el jardín, seguido de un gran número de parciales.

—¿El presiguió el traidor; morirán como vosotros, y como todos los que no se unan á mi causa; ya no es tiempo de retroceder; juego mi vida, y haré todo lo posible para no perderla. Yo te engaño, Crádates, continuó dirigiéndose al príncipe; sí, yo sublevé las tropas que existen en Maracanda, y vino aquí únicamente para que secundaras mi rebelión contra Alejandro.

—¿Y creiste que yo?... ¡tálmate Crádates temblando de ira y lanzando una mirada de desprecio al miserable Efestion. ¡Oh! decídme, continuó juntando las manos, decídme que habéis mentido, aseguradme que convencido de vuestro error, desistís de vuestros horribles planes!

—¡Imposible! contestó Efestion con estóica calma. Si cuando el rey de Macedonia me favorecía me rebelé contra él, juzga tu mismo de lo que debo hacer ahora que pide mi cabeza.

—¡Traidor! gritó el príncipe, tirando de la espada y arrojándose á él; infame regicida! Te juro por los dioses, que no has de salir vivo de aquí....

El acero de Efestion cortó el silencio al desgraciado anciano, que cayó con el pecho atravesado á los pies del asesino de Dario, sin poder hacer otra cosa que tender los brazos á sus hijos.

Dos terribles golpes sintió al mismo tiempo el malvado. La espada de Tolomeo, aunque mancada por su mano izquierda, le partió el hombro, y la de Casandro le produjo una profunda herida en la espalda; mas los infelices príncipes rindieron muy pronto sus vidas á los furibundos golpes de una nube de soldados, que los rodearon de repente inmolándolos sin piedad.

La desdichada Hermione lanzó un penetrante alarido, y cayó sin sentido inabundada en aquella sangre, que era la misma que corría por sus venas.

Efestion, sin tartarse en lo más mínimo, y con un valor admirable digno de mas noble causa, mandó hacer una señal, convenida sin duda, porque en pocas horas fué pasada á cuchillo por los sediciosos toda la guarnición de Maracanda que no quiso secundar la rebelión.

III.

- ¿Dónde te dicha está? ¿Dó te alegría?
- Búscala en el amor.
- Con delirio he amado, hermanos míos.
- ¿Y que hallaste? - ¡Dolor!...

(LA AUTORA.—La vida y el amor.
—Poesía inédita.)

La hija de Crádates pasó muchos días entregada á una furiosa demencia; encerrada en sus habitaciones con su nodriza Teane, llamaba á su padre, á sus hermanos, y maldecía á su inhumano verdugo, sin consentir en tomar alimento alguno ni en ver á nadie.

Cuando se calmó su doloroso delirio, cayó en una melancolía profunda; la infortunada jóven se sentía desfallecer, y se rendía quebrantada al peso de su amarga pena. A no ser por los amorosos cuidados de la buena Teane, hubiera muerto sin duda.

Una noche que, sentada junto á una ventana, lloraba pensando en su desgraciada familia, cubrió de improviso Efestion en su aposento; al verle Hermione se estremeció de horror, helóse el llanto en sus yertas mejillas, y en su hermoso semblante se pintó con la mayor energía todo el odio que aquel hombre la inspiraba.

—¡Verdugo de mi padre! exclamó con indecible vehemencia la irridada princesa. ¡Asesino de mis hermanos! ¿Qué buscas aquí? ¿Vienes á gozarte en mis tormentos? ¿Acaso es tu desiguo quitarme también la vida? Here, prosiguió descubriendo su seno, hiere sin piedad; traspasa este corazón, enemigo de esa mano paricida, que pocos días ha me alargaste en señal de tu amor, y que diste á mi buen padre en prueba de fidelidad. No te detengas en aborrecibles cosas que nos unen, no alimentos, para tu refaja, una serpiente que te devorará, si no la ahogas primero.

—Escúchame, Hermione, dijo Efestion con voz dulce y reposada. Si para conservar mi fortuna y mi vida tuve que envainar mi puñal en el

pecho de tu padre, para conservar la tuya y hacerte feliz no perdonaré sacrificio alguno; yo te amo, prosiguió cruzando sus manos con una indescriptible mezcla de pasión y de dolor; yo te amo, Hermione, y este amor es el único sentimiento dulce que ha surgido en mi corazón; no siento remordimiento alguno por haber dado muerte á los tuyos, mas tu dolor traspasa mi alma. ¡Oh, Hermione! continuó Efestion arrojándose á los pies de la princesa; ¡mi adorada Hermione!... perdóname y dime que no me aborreces, que me miras sin horror, que podrás amar-me algun día....

—¡Ah!... gritó la princesa rechazando á su esposo, que arrodillado, todavía sollozaba amargamente. ¡Verdugo de mi padre! ¡Quieran los dioses descargar sobre tu cabeza todos los rayos de su venganza!

Hermione salió del aposento.

El príncipe de los ismenios permaneció como helado de estupor; su alma indómata jamás se había humillado, y tan solo el vehemente amor que Hermione le inspiraba, había podido ablandar su fiereza.

Cuando le volvió la espalda la princesa, la siguió con la vista sin variar de postura, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, púliditas con la fuerza del dolor.

—Nunca me amaré! murmuró despues con un ahogado sollozo, y cubriéndose el semblante con las manos.

Imposible era, en efecto, que la jóven princesa amase ya á aquel hombre; con su presencia despertose en el alma de Hermione una ardiente sed de venganza; y al huir de él, corrió á encerrarse en otro aposento para poner por obra un proyecto que hacia algunos días meditaba.

¿Habeis amado, lectoras mías, para olvidar despues? ¿No os ha sucedido en alguna época de vuestra vida, tener que dejar de querer á un ser digno de vuestra adoración, para amar á otro ser que valia mucho menos, ya por conveniencias sociales, ya por exigencias del mundo, ya, en fin, por caprichos del corazón? ¿Y no habeis sido engañadas por el mismo á quien dabais un cariño que no merecía? ¡Ay! ¿Qué habeis hecho entonces? Pero ya lo adivino: habeis vuelto vuestros ojos, cansados de llorar, hacia aquel objeto que debíais amar eternamente, á pesar de las exigencias de la sociedad y de las hipócritas fórmulas del mundo; tal vez por orgullo no le habeis dicho: te amo como antes. Vuestros deberes quizá os habrán retenido lejos de él, pero ¿no es verdad que á él habeis vuelto sin cesar el pensamiento y la mirada? ¿No es verdad que habeis consagrado á su recuerdo todos los instantes de vuestra vida, como el único consuelo de vuestra amargura?...

No fué, pues, lo que sucedió á Hermione; dormía en su alma, debilitada por largos combates, una violenta pasión, que despertose de súbito al rudo choque de su infortunio; y como vosotras, volvió de nuevo los ojos y el corazón hacia aquel hermoso y benéfico recuerdo, único bien que la restaba en el mundo.

Sola y sin amparo, quiso escribir al magnánimo Alejandro para pedirle venganza de la muerte de su padre y de sus hermanos; no tuvo que combalar esta resolución; odiaba á Efestion, como verdugo de los suyos, como regicida del anciano Dario y como traidor al rey de Macedonia, y con mano firme y sin remordimientos trazó la siguiente carta (1).

«No es, oh señor! la esposa del infel Efestion, es la hija del noble Crádates la que se dirige á vos; si el nombre del primero os es aborrecible, creed que la memoria del segundo os debe ser de alguna estimación.

»El venerable anciano á quien debí la vida, ha rendido la suya á los golpes del puñal del hombre que hoy me llama su esposa; en vano fué, oh señor! en vano fué que enviárais á mis hermanos para que impidiesen el sacrificio de la infeliz Hermione. En vano ¡ay! pues que ya estaba unida con lazos eternos al miserable que tan cruelmente ha derramado la sangre de mi inocente familia... Tolomeo, vuestro amado To-

(1) Esta carta está copiada casi literalmente del antiquísimo volumen de donde he tomado los datos necesarios para escribir esta leyenda; únicamente me he limitado á poner mas en claro algunos conceptos.

meo, ha muerto destrozado por las lanzas de los soldados de Efestion; y Casandro, el jóven y hermoso escudero que nunca se apartaba de nuestro lado, ha espirado horriblemente mutilado, pronunciando el nombre adorado de Alejandro.

»¡Venganza, señor, venganza! yo la invoco de vuestra justicia contra el matador del rey Dario, padre de la princesa que habeis elegido por esposa; contra el verdugo de los míos, contra el infame que ha osado hacer á su bienhechor y á su rey la mas horrible de las traiciones.

»¡Que muera, ya que ha derramado tanta sangre noble é inocente!... Que espire al rigor de los tormentos mas crueles, y así plegue á los dioses prolongar y hacer felices los días de vuestro reinado.—Hermione.»

Escrita esta carta, fué entregada y recomendada mil veces al hijo de la anciana Teane, que partió sin dilación al campo macedonio.

Hermione quedó sola con su nodriza, entregada á la mas cruel ansiedad; dotada de un alma generosa, aunque como ya hemos dicho, enérgica y activa, tardó poco en aparecer el remordimiento; había demandado con ansia la muerte de su esposo, y la sola idea de que era muy probable que Alejandro la hiciese justicia, la helaba de terror.

—¿Por ventura, se decía, podrán devolver la vida á las víctimas que lloro, los suplicios que hagan sufrir á su verdugo?

Además, por culpable que este fuese, ¿no era tambien su esposo?

Hermione lloraba amargamente, cuando se abrió con estrépito la puerta de su aposento, y el mas horrendo espectáculo se presentó á sus ojos.

Acababa de ver entrar pálido, cubierto de sangre y brotando fuego por los ojos, á Efestion, que traía en una mano la carta que ella había escrito pocas horas antes, y en la otra la cabeza del desgraciado mensajero (1).

Fria é inmóvil como la estátua de la desesperación, clavó la princesa sus estiviados ojos en Efestion.

—Mira, dijo éste aproximándose á su esposa y mostrándole el sangriento despojo; mira, Hermione, la recompensa que das á los que pretenden servirte con fidelidad, y al pronunciar estas palabras, arrojó la livida cabeza á los pies de Teane, que cayó al suelo desmayada, dando un prolongado grito.

—¡Barbaros! exclamó Hermione en el paroxismo del furor mas violento, ¡Execrable verdugo! a mi no lo sabes todo: esa carta no te ha revelado mas que una parte muy pequeña de lo que pasa en mi alma. Yo te aborrezco, Efestion, te odio, y para que sea doblado tu tormento, sabe que amo, que adoro al rey Alejandro, aunque nada le digo en ese escrito; máname ahora, prosiguió la princesa con terrible vehemencia; máname, Efestion, porque te juro que trabajaré incesantemente para perderte mientras larga vida.

Calló la jóven; su esposo, mudo y helado, fijó en ella sus ojos secos y dilatados; pero poco á poco fue encendiendo su semblante, y el trastorno de sus facciones patentizó bien pronto la borrasca que hervía en su alma.

—¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¿Con que amas al rey, Hermione? exclamó soltando una amarga carcajada. ¿Y cómo paga él tu amor? ¿Acaso con la ciega idolatría con que yo te he adorado?

Interrumpióse al decir esto, y sus labios temblaron convulsivos, en tanto que sus rasgados ojos despedían relámpagos de furor.

—¿No sabes, gritó despues con voz acerada, acercándose impetuosamente á la jóven y asiendo de un brazo; no sabes que va á casarse con la princesa de Persia? ¿Ignoras que dilata mi castigo, que es lo que mas anhela en el mundo, para no pensar mas que en su bella Estátira? ¿Y te se oculta, Hermione, que yo te odio hasta el extremo de intentar darle la muerte por mi propia mano?

—¡La muerte! exclamó la princesa con un alharido de dolor, ¡la muerte!... Entonces, Efestion, una misma losa nos cubrirá á entrambos.

—Calla, la interrumpió el príncipe; calla, insensata; dentro de tres días habrá cortado la vida de Alejandro el filo de mi puñal, y tu serás la esposa de Efestion III, rey de Persia y Macedonia.

(Se continuará.)

UN SUICIDIO.

Se ha hablado mucho estos últimos días del suicidio de un oficial superior que se ha verificado últimamente en Wisbadem. Damos á nuestros lectores los detalles de esta horrorosa escena.

Después de haber visto con una mirada de desesperación recoger por el mozo de la ruleta los últimos restos de su fortuna, el oficial colocó su cabeza sobre la rampa del tapiz verde, delante del que estaba sentado como un hombre sumergido en la meditación, y en esta actitud se levantó la tapa de los sesos con una pistola que tenía cargada en su bolsillo, y que nadie le vió sacar: el cráneo se hizo pedazos. Este horrible entreto no produjo, sin embargo, ningún terror ni ningún desaliento en el alma desnaturalizada de los jugadores; todo lo que se veía sobre sus rostros era el fastidio y la irritación por aquella interrupción inesperada. En inglés se quejó altamente y se opuso á que se suspendiese el juego hasta el fin de aquel triste día. Procedióse rápidamente al aseó y limpieza de la sala inundada de sangre. Los jugadores cambiaron sus paletós, igualmente manchados; el mozo que recoge el dinero en la ruleta volvió á colocarse en ella, y continuó su curso al rededor de la rueda girante.

Se ha notado que en estos días se han verificado muchos suicidios, lo que ha dado motivo á dificultades presentadas por el clero en los entierros; pero los suicidas han ido como los demás á ocupar los cementerios.

Con motivo de los cementerios, en el diario *La Presse*, se ha escrito un largo y sabio artículo, proponiendo al gobierno francés que tome sus medidas para que los muertos sean quemados y no enterrados.

Cada pueblo debería tener un *Sarcophage*, ó vasto horno destinado á este uso, y se volverían religiosamente las cenizas de los cuerpos á los parientes. Esto tendría la ventaja: primero, de quitar el disgusto que inspira la muerte cuando se piensa en el cuadro que ofrecería si pudiese verse el interior y fondo de nuestros cementerios; segundo, dar unidad al aire; tercero, dejar á los vivos esos anchos espacios de terreno que ocupan los muertos, y cuya necesidad se hace conocer cada día mas; cuarto, mantener el respeto de los muertos y su recuerdo por la presencia de sus cenizas en el hogar doméstico.

Probablemente se gritará mucho desde luego contra este sistema, como contra todo lo que chocó á la rutina; pero después se vendrá á parar á él.

El inconveniente de los entierros demasiado pronto, en los que ha habido gentes catarradas vivas, se evitaria de este modo, sin contar con otras cosas que tienen lugar tambien en los entierros. En Francia, donde hace pocos días se enterraba un soldado muerto en el hospital, una escolta del regimiento al que pertenecía, presentó el atabud en la iglesia; el capellan recitó las oraciones; se hicieron los honores militares en el cementerio; pero se había omitido un pequeño detalle; al volver al hospital encontraron al muerto que se había olvidado allí, el desgraciado fué enterrado en el mismo sitio sin ruido, porque las personas que se habían ocupado de sus exequias no juzgaron por conveniente volver á empezar la ceremonia.

A ***

—¿Dónde vas solitario
Mi pobre niño?
—Voy buscando á mis padres
Y me he perdido.
—Deten tu paso:
Encontrarlos no puedes.
—¡Ay! ¡desgraciado!...

—Mas ¿es cierto, Dios mío?
Llenos de vida,
Anoche me adormieron
Con sus caricias...
¡Ay de mi triste!
¿Quién me ampara en el mundo?
—Tus padres viven.

—¡Viven! ¿Pues no habeis dicho
Hace un momento
Que en vano los buscaba?
—Pero hay un cielo;
Y allí es eterna,
La vida que en el mundo
Cortada queda.

—No os comprendo, señora.
—Pues ven conmigo.
—Quiero ver á mis padres.
—Yo sé el camino.
—¿Cómo se llama?
—Virtud.—Y vos ¿quién sois?
—Soy la esperanza;

—¡Ay de mí que las penas
Me destrozaron,
Y los hombres me ultrajun
Siendo su hermano.
—¡Ay! del que triste,
Con pesares por dichas
Muriendo vive.

—¿Por qué ese llanto, joven?
—Dejadme solo.
—Yo comprendo la causa
De vuestro lloro,
—Y ¿qué os importa?
Si no os pido consuelos,
Dejadme ahora.

—Con dureza me tratas.
¿No hay un recuerdo
Brillante entre las sombras
De tu tormento?
—¿Ya te olvidaste
De un nombre que adorabas?
¿Dó está tu madre?

—La perdí.—¿No recuerdas
Que está en el cielo?
—Mas para consolarme
Tú no la encuentras.
—¿Cómo te engañas!
Sígueme.—Mas ¿quién sois?
—Soy la esperanza.

—¿Qué largo es el camino
De la existencia!
¿Qué falsedad el mundo
Que atrás se queda!
—Los desengaños
Solo tristes me restan...
—No, pobre anciano...

—Yo os conozco.—Lo creo.
—¿Quién sois que sola
La vejez no dejais
Que el mundo mofa?
—¿No me conoces?
—No sé... pero yo os amo.
—Oye mi nombre.

Yo soy del tierno niño
La tierna madre;
Nunca abandonó al joven
Aunque me ultraje;
Sus tristes penas,
A la vejez endulza
Con mi presencia,

Velo del moribundo
El triste lecho,
Y me encuentro á su lado
Después que ha muerto;
Que realizada,
Mi vida está en el cielo:
Soy la esperanza.

Octubre.—1855.

I. DE D. DE LA R. Y BELGADO.

MISCELANEA.

ENFERMEDAD DE LOS OLIVOS, NARANJOS Y LIMONEROS.—Como la especie humana, la especie vegetal tiene sus epidemias, sus afecciones agu-

das ó crónicas, antiguas ó recientes, generalizadas ó restringidas, persistentes ó pasajeras. Durante estos últimos años, con gran razón se han ocupado las gentes de las enfermedades de las legumbres farináceas primero, después de la que han padecido las viñas, enfermedad observada ya por Plinio, que describe esas rajitas que hemos visto en los granos de las abas, rajitas que proceden principalmente de la pelusilla que cubre los racimos enfermos. Plinio, comparando esa pelusilla á una tela de araña, llama *arachnea* á esa enfermedad de la viña, científicamente llamada hoy *oidium*. Los italianos por su parte dan el nombre de *morfa* al *fumago* de ciertos árboles frutales, tal como los olivos, naranjos y limoneros.

Véanse aquí algunos ejemplos de esta enfermedad realmente nueva por las recientes observaciones, y puesta á la orden del día.

En las campiñas de Niza, en los alrededores de Millan, en el sitio llamado Sicaullen, se ven vergeles de una extensión de cerca de dos leguas, casi un bosque, plantado así: primero, olivos de grandísima duración; debajo de estos y en los intervalos, plantas de limoneros y naranjos; al pie de estos árboles violetas cultivadas para la perfumería. Desde hace una veintena de años, los olivos tienen la enfermedad y no producen una sola oliva; la esperanza de ver cesar la enfermedad, ha impedido que sean derribados estos árboles. Pero los limoneros y los naranjos plantados entre los primeros, tienen la parte inferior de sus hojas y su tronco todo negro; se recoge, sin embargo, su fruta, aunque con algunas manchas negras.

Es preciso reconocer en esto, mas un carácter constitutivo que un sintoma de producir la enfermedad. Se encuentra todavía en esta materia negra, que forma una capa sobre las hojas y sobre el tronco, una reunión compacta de insectos cochinitíferos, ó sea una vegetación criptógama pequeña y apilada.

Hasta aquí se había comprobado que esta afección se había estendido en el Mediodía, de una manera bastante frecuente sobre los olivos, los naranjos y los limoneros, pero que se presenta bastante larga para producirse; mas recientemente dos agrónomos franceses, el conde de Gonchi y Mr. Zeistres, han reconocido la aparición del *fumago* entre los naranjos, y que se desarrolla en menos de veinte y cuatro horas. Lo que hay en este hecho digno de una atención nueva y particular, es la rapidez, desconocida hasta ahora, que presenta esta enfermedad.

LA BUENA COMPAÑIA.—¿Eres ámbar? decía un sabio á un pedazo de tierra que había cogido en un baño, y que tenía muy buen olor; me encantas por el perfume.—No, dijo el pedazo recogido, no soy mas que una tierra vil y despreciable; pero he habitado algun tiempo con la rosa.

EL CONDE DE ALET.—Pasado el conde de Alet por Lyon, fué presentado al teniente general del rey, que no conociéndole le recibió con altivez y le dijo:

—Amigo mío, Hegals de París ¿qué dicen en aquel país?
—Misus, respondió el conde.
—Ya lo entiendo, ¿pero cuál es el ruido que mas circula?
—El de las carretas y los coches.
—Lo que os pregunto es qué hay de nuevo.
—Gaisantes.

El teniente general, sorprendido de que se atreviese á responder de este modo:

—Amigo mío, le dijo, ¿cómo os llamais?
—Los tontos de Lyon me llaman amigo mío, y en París me llaman el conde de Alet.

EL BARRO DE MADRID.—El barro de Madrid tiene dos grandes inconvenientes: el primero es que deja manchas negras en las medias blancas, y el segundo que deja manchas blancas en las medias negras.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.